

EL MUNDO

Martes, 1 de junio de 2004. Año XV. Número: 5.288.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

La presunta superioridad moral de Occidente

PEDRO MARTINEZ MONTAVEZ

Es algo que no puedo olvidar, que me sigue golpeando en la sensibilidad y en la memoria. Durante una tertulia radiofónica en la que se comentaban los brutales atentados del pasado 11-M en Madrid, al día siguiente de haberse producido, uno de los participantes en la misma afirmó, con pasmosa naturalidad y absoluta convicción, que se trataba de «un excelente ejemplo de crueldad oriental». Sí, exactamente esto: de crueldad oriental. No pasó nada, no hubo reacción alguna, no se produjo ningún comentario. La aterradora afirmación totalitaria y brutalmente generalizadora y reduccionista, carente de cualquier fundamento de veras real, encontró plena aceptación; es más, posiblemente adquirió la categoría de definición muy acertada e ilustrativa. Obviamente, mi asombro e indignación no se producían por el empleo del término crueldad -totalmente justificado en aquella circunstancia- si no por el del término oriental, tan inadecuado como alarmante, vacío de contenido y es muy posible también que perverso. Aclaro que, de haber sido la situación la contraria, mi reacción habría sido exactamente la misma.

No es ninguna novedad afirmar que la confrontación entre la que podemos denominar civilización euroamericana cristiana -el tópico Occidente- y la que cabe llamar civilización árabe islámica -el tópico Oriente- atraviesa un tiempo especialmente crítico y peligroso, de enorme y creciente virulencia, quizás incontenible y devastador. Yo no voy a entrar aquí en la indagación de posibles causas de los evidentes efectos, de componentes del fenómeno, de porcentajes en responsabilidades y culpabilidades. Dejo esto para otras ocasiones. Lo que me interesa es el hecho en sí. Lo que me interesa es señalar que esto se origina principalmente en una convicción nunca suficientemente discutida ni revisada: la civilización occidental, la nuestra, es superior a la suya, a la civilización oriental, enormemente superior. No por situación, sino por esencia. No por hábitos, sino por principios. No por aplicaciones, sino por fundamentos. No se trata sólo de una superioridad cuantitativa, sino también cualitativa. No

se trata solamente de una superioridad técnica, material, temporal. No: se trata de una superioridad en valores, en espíritu, eterna. Es una superioridad doctrinal. Es una superioridad moral. Por todo ello, aún mucho más grave, corrosiva y penetrante.

He llegado a convencerme de que el origen mayoritario de este error está en el escasísimo o nulo conocimiento que de aquella civilización -o cultura, no vamos a entrar ahora en matices- tenemos, en la pasmosa ignorancia de la misma que nos caracteriza. Lo que no sirve, además, para ponernos un freno en la expresión, en la opinión, en el juicio, sino para todo lo contrario, sorprendentemente y paradójicamente: para acicatarnos en los mismos, para pontificar, para afirmar o negar con absoluta rotundidad y prepotencia, como depositarios y usuarios selectos de verdades únicas e indiscutibles.

Se me argumentará, en principio con razón: ¿no pasa entre ellos lo mismo? Hacer esta exposición comparatista no es ahora, evidentemente, mi intención, ni tiene aquí cabida, sinceramente. Aquí estoy tratando de reflexionar entre nosotros y para nosotros. Soy consciente de que muchos opinarán que la reflexión, a estas alturas, no sirve absolutamente para nada, de que llega tarde, de que es un ejercicio inútil. Yo seguiré manteniendo lo contrario y animando a que se haga. Por exigencia intelectual y por dignidad humana, de necesaria esperanza en la especie. Y recordando al respecto además la aguda observación que hace ya algún tiempo hizo el pensador marroquí Abdallah Laroui, y que sigue siendo oportuna y aclaratoria: «Mientras en Europa únicamente conocen la cultura árabe los especialistas, cada árabe culto está de hecho más o menos occidentalizado. Desde el momento en que se abre a la ciencia moderna, absorbe una cierta imagen de Europa». Obsérvese, de paso, que al destacado pensador marroquí no le duelen prendas, reconociendo esa importante ayuda que Europa les ha prestado. Es posible, sin embargo, que los muchos reduccionistas que existen entre nosotros arguyan que árabes cultos no existen o que lo son solamente aquéllos -y aquéllas, que también las hay- que han recibido ese enorme y generoso favor europeo. En realidad hay gente para todo. Ahora abundan quienes, tras un cursillo de urgencia que no ha ido más allá de la lectura apresurada y confusa de varios libros -siempre en lenguas occidentales, claro, muy pocas y determinadas, que son las únicas lenguas de cultura- han adquirido el marchamo de profundos conocedores de la cultura árabe islámica. ¿Hay mayor osadía?

No es una cuestión de herramientas o de instrumentos, es una cuestión de fundamentos, de estructuras y no de circunstancias. Como afirma el poeta y pensador siro-libanés Adonis: «No es ciega la mirada, sino la mente; no es árida la palabra, sino la lengua», con lo que viene a coincidir, al menos en parte, con un conocido hadiz que remite al profeta Muhammad, o Mahoma. Es,

sencillamente, una cuestión de relación con «el otro».

Esta relación sólo es fecunda y benéfica, sólo es alhelí y no espina, azahar y no cizaña, si se establece y se desarrolla a través del conocimiento y del respeto. Nunca quietos ni fijos, complacidos, estáticos, siempre en trance y reto de continuo incremento y depuración, dinámicos. Nunca descompensados ni unidireccionales, siempre al mismo nivel y distribución, recíprocos. En el conocerse y en el respetarse unos a otros, unos y otros, hay que ser siempre exigentes y comprometidos, cada vez más exigentes y comprometidos. Hay que aceptarlo como constante e irrenunciable desafío. El conocerse y el respetarse supone también una alcántara, un camino, de aceptaciones y de renunciaciones mutuas, de concesiones por una y otra parte y en una y otra dirección, de comprensiones recíprocas, de interpenetraciones e interdescubrimientos. Es el único camino posible si queremos alcanzar los objetivos de convivencia que anhelamos, según parece y proclamamos todos. Cualquier otro camino lleva inevitablemente a la injusticia, al totalitarismo, a la barbarie. Aunque se disfrace con cualquier ropaje, pretencioso y falso, de cultura.

Pedir y hacer esto ahora, en esta vuelta del camino por el que marchamos todos, cuando violentísimos vientos nos arrebatan y nos arrastran a un futuro inminente y quizá pavoroso, terrorífico, es un deber. No podemos estar callados ni quietos cuando crímenes como el terrorismo, o el neoimperialismo, nos degradan como seres humanos y nos privan de lo más importante que tenemos: la vida, la dignidad. Y digo con toda intención y claridad terrorismo y neoimperialismo no para practicar ninguna clase de artera equidistancia, sino porque ambos han de ser combatidos y erradicados. Hay que seguir luchando por la igualdad, por la libertad, por la justicia. Estas son las claves de la auténtica civilización. Y una de las formas de luchar por la civilización, de protegernos de esos crímenes e ir contra ellos, es estudiándolos, analizándolos: en sus orígenes, en sus causas, en sus procesos, en sus métodos, en sus fines. Esto es lo que tenemos que defender y propiciar. Lo contrario, repito, es barbarie. Venga de donde venga. La traigan quienes la traigan. Se llame como se llame.

La herramienta para llevar a la práctica todo eso es el diálogo, la palabra. Lo que significa que todas las partes están dispuestas a conceder y a aceptar. Si no se hace así será por cansancio, por cobardía, por temor o por intolerancia. En todos los casos, constituirá un dramático y gigantesco error. Para lograr poner en marcha esta estrategia hay dos caminos principales garantizados: la educación y la cultura. Inviértase mucho más y mejor, por consiguiente, en educación y cultura. Son los únicos que garantizan el desarrollo permanente de la Humanidad. Quienes así no lo hacen son también bárbaros, otra especie de bárbaros. El ya citado Adonis lo ha apuntado: no es que haya una civilización

enferma, no es sólo la civilización islámica la que quizá está enferma; lo está posiblemente la civilización en sí, la civilización actual. Mientras nos ocupamos sincera e irrenunciablemente de sanarla, no establezcamos entre sus diferentes modalidades y variantes rupturas totales, distancias insalvables, abismos insondables. ¿Por qué no lo intentamos todos?

Pedro Martínez Montávez es arabista y profesor emérito de la Universidad Autónoma de Madrid.

© Mundinteractivos, S.A.